

FRANCK GAUDICHAUD

Doctorando Universidad Paris VIII (Teoría de lo político y relaciones sociales)  
Invitado Escuela Doctoral de Ciencias Sociales Universidad ARCIS (Santiago de Chile)

**La Central Única de Trabajadores, las luchas obreras  
y los Cordones Industriales en el periodo de la Unidad  
Popular en Chile (1970-1973)**

**Análisis histórico crítico y Perspectiva**

Santiago – Chile – Mayo del 2003

Contacto : [franck.gaudichaud@libertysurf.fr](mailto:franck.gaudichaud@libertysurf.fr)

Traducción del francés por Olivier Alvarez Seco y Rocío Anguiano Pérez  
(Revista [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org))

Este trabajo es fruto de un estudio de doctorado más amplio dedicado al estudio de la dinámica del poder popular durante el gobierno de Salvador Allende. Esta tesis es dirigida por Michael Löwy, director de investigación en el Centre National de Recherche Scientifique – CNRS Paris. Fue en parte posible gracias a la obtención de una beca internacional “Lavoisier”

*“Será necesario interrogar a los hombres que, compartiendo muchas de nuestras inquietudes actuales, nos precedieron. A eso viejos y anónimos dirigentes obreros. A esas organizaciones que echaron las bases y luego dieron fuerza y consistencia al movimiento sindical. A esas acciones que, desde el pueblo; fueron cambiando el rumbo de la historia. A esas ideas que efectivamente fueron unificando y dándole presencia ideológica al movimiento. Será necesario también interrogar las derrotas, los momentos de división y desarticulación, los estilos burocráticos, la utilización electoral y todas aquellas limitaciones que el movimiento popular ha mostrado”*

P. Milos y M. Garcés (Taller de Nueva Historia), *Cuadernos de historia popular: serie Historia del movimiento obrero*, N° 1, CETRAL/CEAL, Santiago, 1983.

Desde la creación de las “mancomunales” y de las “sociedades de resistencias” al final de siglo XIX hasta el surgimiento de la CUT en febrero de 1953, el movimiento obrero se constituyó en un protagonista nacional central del desarrollo histórico chileno, especialmente a través del poderoso movimiento sindical que le permitió reforzar su unidad de clase<sup>1</sup>.

La historia del movimiento obrero chileno y, en particular la de las luchas sindicales, está también marcada de modo permanente por una oscilación entre periodos de autonomía, de independencia y de subordinación respecto a las instituciones del Estado, partidos políticos que participan en ellas, así como por diversos momentos de alianzas o de oposición parciales con fracciones de las clases dominantes<sup>2</sup>. Los dos grandes partidos “obreros” han sido históricamente el Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS). Estos han intentado siempre canalizar y dirigir la fuerza de transformación social que representa para ellos el proletariado (sobre todo la clase obrera minera y de la gran industria), tratando de orientar el movimiento obrero en función de sus objetivos y luchas políticas del momento<sup>3</sup>. Como consecuencia de esto, el movimiento obrero chileno ha atravesado diversas etapas de desarrollo en el curso de las cuales conquistó y perdió su independencia de clase, permitió la democratización parcial de las instituciones y sufrió su abolición, dirigió las luchas sociales a favor de la redistribución de la riqueza y padeció de lleno la derrota política de los proyectos de transformación en los que participó. La comprensión de esta relación dialéctica entre el movimiento obrero, el Estado chileno y los partidos políticos, así como las consecuencias de esta articulación en términos de alianzas sociales y contradicciones de clases, es esencial para analizar las luchas sociales que se desarrollaron en el periodo de la Unidad Popular y para esbozar una comprensión serena del pasado y el presente del movimiento obrero y popular chileno.

A partir de 1953, año de la creación de la Central Única de Trabajadores, el sindicalismo y el movimiento obrero se encuentran en una postura de oposición y de independencia relativa en un contexto nacional de aumento de los conflictos sociales, de inflación económica y de fuertes oposiciones ideológicas, con la guerra fría y la lucha internacional contra el comunismo como telón de fondo. El nacimiento de la CUT aglutina diversas tendencias. Por un lado, la unidad sindical recuperada bajo la dirección de Clotario Blest, cristiano revolucionario sin filiación política directa, que conduce la CUT a posiciones radicales (particularmente a través del uso intensivo del arma de la huelga general)<sup>4</sup>. La fundación de la CUT es precisamente el resultado de la estrategia unitaria de Blest (que se inició en el seno de la Asociación Nacional de Empleados del

<sup>1</sup> J. Barria, *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno*, INSORA, Santiago, 1963 y P. Frias F., *Construcción del sindicalismo chileno como actor nacional*, Vol. I, CUT-PET, Santiago, 1993.

<sup>2</sup> Pedro Milos y Mario Garcés en sus cuadernos de historia popular utilizan como criterio de periodización las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado chileno. Desde este planteamiento, distinguen varios periodos históricos fundamentales: periodo de formación (1820 – 1880), periodo de exclusión (1880 – 1920), periodo de integración (1920 – 1970), periodo de participación (1970 – 1973) y, finalmente, periodo de nueva exclusión que corresponde a la dictadura del general Pinochet (1973 – 1988). Véase: P. Milos y M. Garcés (Taller de nueva historia), *Cuadernos de historia popular: serie Historia del movimiento obrero*, N° 12, CETRAL/CEAL, Santiago, 1983 y en particular el primer número “Criterios de periodización”.

<sup>3</sup> A. Angell, *Politics and the Chilean labor movement*, Oxford University Press, Oxford, 1972. En este artículo utilizamos la versión española.

<sup>4</sup> M. Silva, *Los partidos, los sindicatos y Clotario Blest*, Ed. Mosquito, Santiago, 2000.

Estado, ANEF) y de una postura de clase combativa. C. Blest, yendo claramente a contracorriente con las prácticas políticas de diversos partidos con influencia en el movimiento obrero, no duda en desarrollar la CUT, a pesar de que esta sigue siendo ilegal en el marco de una legislación que es extremadamente conservadora (lo que durante el periodo no parece preocupar mucho a la izquierda). No es casual que esta nueva unidad sea precisamente el resultado del descalabro de los partidos obreros tradicionales frente al populismo de Ibáñez y a su desorientación política: a los finales de los cincuenta, los partidos de izquierda como la democracia cristiana (DC)<sup>5</sup> se muestran temporalmente incapaces de retomar la dirección del movimiento sindical, como lo hicieron con la central anterior (CTCH). Esta nueva dirección que la CUT ofrece al movimiento obrero le permite desempeñar un papel de catalizador sociopolítico y de agitación obrera al margen de los canales de regulación del Estado y con criterios anticapitalistas. La declaración de principios de la CUT expone al respecto: “*Que el régimen capitalista actual, instaurado sobre la propiedad privada de la tierra, los instrumentos y los medios de producción así como la explotación del hombre por el hombre, que divide la sociedad en clases antagonistas: explotados y explotadores, debe ser sustituido por un régimen económico-social que liquide la propiedad privada hasta el advenimiento de una sociedad sin clases*”. Añade que su método de lucha es el “*de la lucha de clases y la independencia frente al gobierno y al sectarismo de partidos*”<sup>6</sup>. A continuación, la declaración de principios se manifiesta a favor de la instauración del “*socialismo integral*”, sin llegar a definirlo con precisión. De hecho desde los primeros meses de su existencia, la CUT debe reafirmar sus deseos de autonomía ante el nombramiento de uno de sus dirigentes como ministro de trabajo del gobierno del ex dictador Carlos Ibáñez (1952-58). De conformidad con los estatutos, se requiere al dirigente sindical para que renuncie a su puesto en la dirección de la CUT<sup>7</sup>.

A principios de los años sesenta, el movimiento obrero chileno se encuentra, a pesar de todo, en una relación de fuerzas bastante más desfavorable que la que había conocido en los últimos quince años<sup>8</sup>. En este contexto, el periodo de independencia “excepcional” de la CUT llega a su fin. En 1961, el PC retoma el control de la central para dirigirla, con los socialistas y la DC, hasta el golpe de estado de 1973. La Central se convierte de nuevo en la correa de transmisión de los partidos y pierde de este modo una parte de su autonomía<sup>9</sup>. El fracaso en las presidenciales de 1964 del candidato de la izquierda (Salvador Allende), al que apoyaba la CUT, y la elección de Eduardo Frei (demócrata-cristiano - DC), acentúa sin embargo el carácter de oposición entre el movimiento sindical y el gobierno<sup>10</sup>. Desde 1966, se asiste a una reestructuración del movimiento social, que afecta particularmente al proletariado urbano industrial y a los sectores obreros de la minería, los trabajadores de la función pública (educación) y los empleados de la banca, el movimiento estudiantil, el movimiento *pobladores* y un movimiento de trabajadores agrícolas en “expansión”. Se puede hablar de una ruptura en las formas que adquiere la lucha de clases a partir de 1964. Esta discontinuidad abre un periodo pujante hasta la caída de Salvador Allende en 1973<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> A finales de los años cincuenta, los demócrata-cristianos representan la principal oposición a los comunistas en el movimiento sindical, sustituyendo en este sentido a los sindicatos anarco-sindicalistas los cuales se retiraron en 1957 (Véase A. Angell, “Los demócrata-cristianos y el reto al marxismo”, *Op. Cit.*, pp. 177 a 214).

<sup>6</sup> Véase en particular J. Barria, *Historia de la CUT*, Ed. Pla, Santiago, 1971 y la tesis doctoral de Augusto Samaniego Mesias, *Les stratégies syndicales de la “Central Unique des travailleurs” et l’action socio-politique des salariés (1953-1973)*, tesis doctoral en sociología, París VIII, París, 1998 (especialmente las páginas 118 a 141).

<sup>7</sup> Se trataba del sindicalista Leandro Moreno (J. Barria, *Historia de la CUT*, *Op. Cit.*, pp. 62).

<sup>8</sup> M. Barrera, “Perspectiva histórica de la huelga obrera en Chile”, *CEREN*, N° 9, Santiago, Septiembre 1971 y C. Pizarro, *La huelga en Chile. 1890-1970*, Col. Estudios Históricos, Ed. SUR, Santiago, 1986.

<sup>9</sup> Respecto a esta recuperación del control y la evicción de Clotario Blest, el relato de Humberto Valenzuela (dirigente trotskista de la CUT) es especialmente interesante: *Historia del Movimiento obrero chileno*, POR, Santiago, 1972.

<sup>10</sup> Según la cronología de Alberto Cuevas, se trata de un periodo “de oposición” de la CUT (“La experiencia de la CUT (1953-1973): una visión crítica”, *Chile-América*, pp. 27 a 34, N° 84-85, Bruselas, enero-marzo 1983).

<sup>11</sup> O. Mac-Clure, “La acción reivindicativa sindical en Chile”, *Proposiciones*, N° 17, pp. 110-123, Santiago, 1989, C. Pizarro, *La huelga en Chile. 1890-1970*, *Op. Cit.* Y para una visión sintética: J. Magasich, “Les mouvements sociaux

En efecto, durante el gobierno Frei se registra un aumento de aproximadamente el 125% del número de afiliados en los diferentes sindicatos. En esta coyuntura se acelera la descomposición del proyecto desarrollista-populista demócrata-cristiano<sup>12</sup>. En esta época, aparece la progresiva ruptura entre la dirección del movimiento obrero y la práctica de las luchas de la base, que tienden a desbordar el conjunto de los aparatos de representación y de mediación social tradicionales. Para abordar este fenómeno durante el gobierno de Unidad Popular (1970-73), es necesario detenerse un momento en la organización, la estructura y la representatividad del movimiento sindical chileno.

- **Organización, fuerza y límites de la estructuración sindical chilena.**

Por lo general, el sindicalismo chileno se estructura desde los años treinta en un gran número de pequeños sindicatos, que por lo tanto tienen pocos medios de presión en el marco estrictamente legal. Según las cifras disponibles del año 1968, el tamaño medio de los sindicatos es de 155 miembros, mientras que la gran mayoría de ellos (63%) posee menos de 100 afiliados. En los años siguientes, esta tendencia a la atomización se acentúa con el aumento de la sindicalización en las empresas medianas del sector urbano<sup>13</sup>. En efecto, la legislación del trabajo define una estructura sindical “desmigajada”, compuesta por una multitud de sindicatos con pocos recursos e imbricados en un sistema jurídico minucioso y extremadamente restrictivo<sup>14</sup>. La mayoría de las normas que regulan las relaciones industriales, al llegar Allende al gobierno, proceden del código laboral de 1931. Esta legislación establece una arquitectura formal que intenta controlar de manera autoritaria el sindicalismo, atomizarlo e impedir la radicalización política<sup>15</sup>. En 1970 existen tres tipos de sindicatos: sindicatos obreros (*sindicato industrial*), sindicatos de empleados (*sindicato profesional*) y sindicatos agrícolas. En cuanto a la formación de sindicatos en la función pública, se supone que está prohibida pero en la práctica éstos han sido reconocidos progresivamente por los distintos gobiernos. Para formar un sindicato, los obreros deben trabajar en una empresa con más de 25 personas, de ahí la exclusión legal del movimiento sindical de la mayoría de los asalariados.

Un claro ejemplo de este control autoritario de la patronal y del Estado sobre el sindicalismo es el hecho de que el código laboral prohíbe a los sindicatos disponer de sus recursos financieros libremente y, en particular, destinar sus fondos a la organización de una huelga. Un punto muy importante de las relaciones entre patronal y sindicatos legales es la cuestión de la legalidad<sup>16</sup>, que impregna el conjunto de las relaciones y explica el motivo por el que un gran número de huelgas son consideradas ilegales, facilitando su represión.

Las diferentes encuestas realizadas sobre el terreno, en los años sesenta-setenta, demuestran que los dirigentes de los sindicatos industriales consideran su organización ante todo como un instrumento de lucha económica (aumento de salario, indemnización) y no de movilización política<sup>17</sup>. Esta actitud que podríamos calificar de “economicista” no es extraña en absoluto y

---

au Chili: 1967-1973”, *Chili, un pays laboratoire*, pp. 37-46, Coloquio organizado en Bruselas, Maison de l’Amérique Latine, 1998.

<sup>12</sup> A. Wallon, “Perspectives actuelles de mouvement ouvrier au Chili”, *Les Temps Modernes*, pp. 1977 a 2005, París, junio 73.

<sup>13</sup> A. Angell, *Op. Cit.*, pp. 65.

<sup>14</sup> M. Barrera, *La participación social y los sindicatos industriales en Chile*, Documento de trabajo interno, International Institute For Labour Studies, Ginebra, 1970.

<sup>15</sup> A. Angell, “El sistema de relaciones industriales”, *Op. Cit.*, pp. 67-91 y J. Barria, *Las relaciones colectivas de trabajo en Chile*, INSORA, Santiago, 1967. Sobre la legislación en vigor entre 1970 y 1973, véase la síntesis realizada por la Organización del Trabajo en *La situación sindical en Chile: Informe de la comisión de Investigación y de conciliación en Materia de Libertad Sindical*, Ginebra, 1975.

<sup>16</sup> C. Cassassus-Montero, *Travail et travailleurs au Chili*, pp. 40-42, Col. Repères, La Découverte, París, 1984.

<sup>17</sup> Idem, H. Landsberger, A. Toro, *El pensamiento del dirigente sindical chileno: un informe preliminar*, INSORA, U. de Chile, Santiago, 1963.

responde perfectamente a la función normativa del sindicalismo<sup>18</sup>. En lo que respecta a América del Sur, sabemos que las élites del movimiento sindical tienden más a la negociación y al consenso que a actitudes de ruptura o de proyecciones revolucionarias<sup>19</sup>. Sin embargo, esto no debe llevar a la conclusión de que la apatía caracteriza a la clase obrera chilena quien, por el contrario, por sus orientaciones políticas e históricas, sus prácticas electorales y formas de lucha, privilegia el radicalismo político y el sindicalismo “clasista” o incluso las actitudes antipatronales<sup>20</sup>. Por otro lado, el hecho de que la formación de sindicatos sea completamente independiente de toda tutela federal o nacional y que la dirección del sindicato se renueve en su totalidad todos los años, basándose en su labor de agitación y de reivindicación, favorece el trabajo de base y evita en gran parte su burocratización.

El estudio cuantitativo del movimiento sindical presenta siempre numerosos problemas desde el punto de vista estadístico, como también es el caso de Chile. De cualquier forma, el gran número de análisis realizados al respecto permiten tener una visión bastante nítida de la fuerza sindical en 1970<sup>21</sup>. Si se aceptan los cálculos de C. Blest, en 1969, 472.481 asalariados obreros y empleados del sector privado estaban sindicados, cifra a la que se pueden añadir los 250.000 empleados públicos (¡cuyo índice de afiliación supera el 90%! ). En total, el índice de afiliación del sector privado se sitúa en el 19% que, si se suman los asalariados públicos, alcanza el 25% de la fuerza del trabajo nacional<sup>22</sup>. En 1970, la CUT reúne oficialmente a algo más de 700.000 trabajadores (algunos autores calculan un total de 627.664 afiliados en 1970 en los 4.581 sindicatos). Entre estos, el 47% pertenece a la clase obrera minera e industrial, el 40% son empleados y el 23% campesinos. La gran diferencia entre el sector privado (2.566.000 asalariados a principios de 1972) y el sector público (294.976 asalariados en la misma fecha) se mantiene durante todo este periodo. Sin embargo, la dinámica sociopolítica puesta en marcha por la Unidad Popular provoca una fuerte aceleración de la afiliación en el sector privado, con un aumento del 6% en abril de 1972 respecto al año anterior (es decir, 28,75% de asalariados del sector privado sobre una tasa total de afiliación del 37,5%)<sup>23</sup>. En un artículo escrito a finales de junio de 1972, Clotario Blest analiza la fuerza sindical tras la promulgación de la ley de 4 de enero de 1972 que da personalidad jurídica a las organizaciones sindicales. Comparadas con las cifras de 1971, se describe un aumento del 3,4% de la afiliación sindical y si solo se considera el primer trimestre de 1972, del 18,8%<sup>24</sup>.

El estudio de Francisco Zapata sobre la representatividad y la estructura sindical chilena permite detallar los sectores en donde la CUT y los sindicatos poseen una representación real: el sector de los obreros industriales sigue siendo el más organizado desde el punto de vista sindical,

---

<sup>18</sup> A este respecto, una relectura de los escritos de Gramsci sobre el papel del sindicato es rica en enseñanzas. Éste señala que el sindicato “no organiza a los obreros como productores sino como asalariados, es decir como criaturas de un régimen capitalista de la propiedad privada, como vendedores de la mercancía-trabajo” (“Sindicalismo y Consejos”, *Ordine Nuovo*, 8 de noviembre de 1919 en E. Mandel, *Control obrero, consejos obreros y autogestión*, Ed. C. Mariategui, Santiago, 1972).

<sup>19</sup> H. Landsberger, “La élite obrera de América Latina y la Revolución” en S.M Lipste, A. Solari, *Élites y Desarrollo en América Latina*, pp. 308-348, Paidós Ed., Buenos Aires, 1967.

<sup>20</sup> Esta actitud “clasista” ha quedado claramente demostrada en J. Petras, M. Zeitlin, *El radicalismo de la clase trabajadora chilena*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1969. La investigación de Barrera, Landsberger y Toro muestra por su parte que los sindicatos dan prioridad al *pliego de peticiones* y a la huelga (30%) frente a la cooperación con el empresario (7%) con la finalidad de alcanzar sus objetivos (*Op. Cit.*, pp. 57).

<sup>21</sup> Consúltense los trabajos de Manuel Barrera, Patricio Frias, Francisco Zapata o también de Jorge Barria.

<sup>22</sup> C.Blest, “Organización de la clase trabajadora”, *Punto Final*, pp. 22-25, Santiago, 22 de abril de 1969.

<sup>23</sup> Según la oficina estadística del Ministerio de Trabajo, citada por A. Wallon, “Perspectives actuelles du mouvement ouvrier”, *Op. Cit.*, pp. 1990. Durante los primeros años de la dictadura, el comité exterior de la CUT hablaba incluso, en el año 1972, de 743.332 trabajadores sindicados en el sector privado, a los cuales añadía 450.000 asalariados del sector público, semi-público y municipal; es decir, un total del 35% de la fuerza del trabajo (en CUT- Comité exterior, *Informe del Cexcute a la conferencia mundial de solidaridad con Chile*, París, 1978).

<sup>24</sup> C.Blest, “La clase trabajadora organizada en Chile”, *Punto Final*, pp. 22-24, N° 165, Santiago, 29 de agosto de 1972.

tanto en relación a los empleados como a los obreros agrícolas, que no obtuvieron el derecho a organizarse hasta 1967. En su conjunto, el sector secundario de la economía reagrupa al 53% de los sindicatos y el 63% de los afiliados (cifras basadas en el año 1968). Y todo ello con una tasa de sindicalización superior en los sectores industriales económicamente concentrados<sup>25</sup>.

El movimiento sindical chileno deja en cambio de lado, debido en gran parte a la legislación y a la estructuración de la economía chilena, a un amplio sector de obreros de la pequeña y mediana empresa pero también de la industria textil, de la construcción y de la alimentación: es decir, más del 50% del proletariado industrial, la mayoría del cual trabaja en establecimientos con menos de diez obreros<sup>26</sup>. Por lo general, se puede concluir, como lo hace Alan Angell, que una de la característica más notable del panorama sindical en Chile no es tanto su falta de sindicalización sino más bien las serias limitaciones que le han sido impuestas<sup>27</sup>. Así el movimiento sindical y la CUT poseen un importante déficit de representatividad en sectores enteros de la clase obrera y especialmente dentro de la clase obrera manufacturera<sup>28</sup>. Por lo demás, se estima que a finales de 1970, la CUT solo reagrupa a algo más de la mitad de los sindicatos en el ámbito nacional (aunque es cierto que no se la reconoce legalmente hasta el año siguiente)<sup>29</sup>.

Esta importante debilidad objetiva se combina con el carácter supraestructural y burocrático de la CUT. En cuanto a su aparato organizativo, se contemplan unas instancias que se articulan en diferentes niveles: local, regional y nacional. No obstante, las decisiones se toman esencialmente en el nivel superior, mientras que los organismos de los niveles locales están a menudo despojados de poder, incluso de vida real. De hecho, se trata más bien de una autoridad moral que ejerce, por su prestigio una gran presión sobre los sindicatos de base a los que no controla directamente. A pesar de que representa la unidad de los trabajadores organizados y de que es un elemento de cohesión de la clase obrera, la Central posee indiscutiblemente una organización profundamente vertical y burocrática. Esto supone en particular una ausencia de capacidad para organizar de manera territorial y transversal a los trabajadores. Esta incapacidad es esencial para comprender la posición de la Central respecto a los Cordones Industriales que surgen durante el gobierno de Allende<sup>30</sup>. Como se ha señalado antes, el movimiento sindical está extremadamente disperso, atomizado. Cada sindicato es sumamente autónomo, incluso aislado en su unidad de producción, ya que el sindicalismo chileno no está estructurado por ramas (como en Argentina o en Brasil). En general, en una rama de producción industrial existen unos sindicatos dominantes vinculados a la empresa monopolista del sector y que mantienen pocas relaciones con la multitud del resto de sindicatos, vinculados a pequeñas empresas dominadas del mismo sector (una excepción importante es el sector del cobre). La Central funciona fundamentalmente a partir de federaciones

---

<sup>25</sup> F. Zapata, *Estructura y representatividad del sindicalismo en Chile*, ILPES, Santiago, 1968 y también M. Barrera, *La participación social y los sindicatos industriales en Chile*, *Op. Cit.*, pp.19.

<sup>26</sup> G. Smirnow, *Le développement de la lutte pour le pouvoir pendant l'Unité Populaire*, pp. 32, Tesis de doctorado, París VIII, 1977.

<sup>27</sup> A. Angell, *Op. Cit.*, p.66.

<sup>28</sup> A. Wallon concluye que "*La CUT est donc loin d'être représentative d'un prolétariat industriel fort de plus d'un demi-million et demi de travailleurs*" y que "*Lorsque les dirigeants de la CUT affirment –comme ils ne manquent pas de le faire chaque fois qu'ils en ont l'occasion ou l'urgent besoin- que la légitimité de "l'organe suprême du mouvement ouvrier" leur fournit automatiquement le droit "indiscutable" de le conduire là où ils le veulent, ils savent parfaitement que les prémisses d'un tel raisonnement sont en réalité bien différentes*". ("Perspectives actuales du mouvement ouvrier", *Op. Cit.*, pp. 1989-90).

<sup>29</sup> F. Castillo, E. Echeverría, R. Echeverría, "Las masas, el Estado y el problema del poder en Chile", *Cuadernos de la Realidad Nacional*, p. 7, N° 16, Santiago, abril de 1973.

<sup>30</sup> A. Silva y P. Santa Lucia, "Les Cordons industriels: une expression de pouvoir populaire au Chili", *Les Temps Modernes*, p. 710, París, enero 75. Como señala Ernest Mandel: "*c'est cette absence de structures syndicales interprofessionnelles à la base qui a finalement facilité, en 1972-73, la création des Cordones Industriales et autres organes (potentiels ou effectifs) de dualité de pouvoir au Chili*" ("Classes sociales et crise politique en Amérique Latine", *Critique de l'économie politique*, N° 16-17, pp.6-41, París, Abril - Septiembre 1974).

y confederaciones<sup>31</sup>. Los sindicatos pueden reunirse en federaciones pero éstas no pueden participar en la negociación colectiva. La mayoría de los acuerdos firmados son acuerdos de empresas, mientras que los convenios colectivos nacionales escasean<sup>32</sup>. De este modo, las federaciones sólo son un débil reflejo de una organización de sindicatos por ramas de actividad que permite esencialmente la organización de huelgas por sectores de actividad.

Las deficiencias estructurales históricas del movimiento sindical chileno pueden resumirse así:

- debilidad de representatividad en el conjunto del asalariado
- fuerte atomización de sindicatos y falta de unidad
- carácter superestructural y burocrático de la CUT

A estos tres factores hay que añadir la posición histórica subalterna de la CUT frente a los partidos políticos ya mencionada. De manera regular, a lo largo del siglo XX, las demandas de los asalariados fueron integradas y institucionalizadas por los partidos políticos que resolvían en forma parcial y general sus necesidades inmediatas. Sin embargo, esta falta de autonomía explica que el periodo de Unidad Popular fuera el de una acentuada “subordinación” de la CUT a los proyectos gubernamentales<sup>33</sup>. Sin embargo, sería erróneo fijarse únicamente en este aspecto de la relación entre movimiento obrero y el Estado chileno (como lo hace Alberto Cuevas): paralelamente a esta subordinación orgánica e ideológica de la estructura sindical y de los partidos obreros en el seno del Estado chileno, hay que recordar que el proceso de Unidad Popular corresponde también al periodo histórico de mayor participación social y política de la población chilena, durante el cual el movimiento obrero alcanza unos niveles de movilización, organización e intervención políticas, hasta entonces desconocidos. La elección de Salvador Allende, representante de la Unidad Popular, corresponde a lo que se ha denominado a veces la “vía chilena al socialismo”. Esta táctica, con frecuencia considerada como una originalidad del proceso chileno, está muy influida por la teoría de la vía pacífica y de la revolución por etapas, difundida por el PCUS<sup>34</sup>. Reafirma la importancia del respeto a las instituciones vigentes, a la Constitución y la posibilidad de un principio de transición al socialismo sin destrucción del estado burgués, ni enfrentamiento con las fuerzas armadas<sup>35</sup>. En términos de pactos sociales, el programa económico define la necesaria alianza con la “burguesía nacional progresista” y las clases medias, en el seno de un gobierno popular. Sin entrar en el debate teórico sobre la viabilidad de esta línea táctica, hay que destacar que este planteamiento tiene consecuencias directas sobre las relaciones entre el movimiento obrero y el gobierno: la gran mayoría de la clase obrera que trabajaba en las 35 000 pequeñas y medianas empresas del país debía someterse a esta alianza de clases y así, teóricamente, no cuestionar la propiedad privada de los medios de producción en el sector privado de la economía. En caso contrario, el proyecto de UP se vería comprometido. En efecto, este sector denominado de

---

<sup>31</sup> Según la Organización Internacional del Trabajo, existían 130 confederaciones y federaciones que conformaban la CUT antes de su disolución por la Junta el 17 de septiembre de 1973 (ley n° 12 de la Junta). Según esta misma Comisión, que visitó Chile en 1974, existían entonces en el país 7.000 sindicatos industriales, profesionales y de campesinos compuestos por 36.000 dirigentes sindicales (OIT, *La situación sindical en Chile: Informe de la comisión de Investigación y de conciliación en Materia de Libertad Sindical*, (ed. provisional), pp. 12-13, Ginebra, 1975. (BDIC: F delta 693).

<sup>32</sup> F. Zapata, *Federaciones y centrales en el sindicalismo chileno*, Documento de trabajo interno, International Institute for Labour Studies, 1971.

<sup>33</sup> Utilizamos de nuevo la cronología de Alberto Cuevas (*Op. Cit.*, p. 32).

<sup>34</sup> Alonso Daire, “La política del Partido Comunista desde la post-guerra a la Unidad-Popular” en A. Varas (comp.), *El Partido comunista de Chile: estudio multidisciplinario*, pp. 141-239, CESOC-FLACSO, Santiago, 1988.

<sup>35</sup> Garcés, “Vía insurreccional y vía política: dos tácticas”, *Revista de la Universidad técnica del Estado*, pp. 7-39, N° 13/14, Santiago, marzo-junio 1973 y S. Allende, *Nuestro Camino al Socialismo. La Vía Chilena*, Editorial Papiro, Buenos Aires, Argentina, 1974.

la “*economía burguesa no monopolista*” constituía, según la mayoría de la izquierda chilena, un aliado en la lucha contra el imperialismo y los grandes monopolios<sup>36</sup>.

- **Integración, división política y estrategia unitaria: el movimiento sindical en el tumulto de la lucha de clases.**

El vertiginoso ascenso de las luchas obreras no podía por menos que hacer temblar a la Central sindical. La época de la UP es, sin lugar a dudas, la de la aparición de una nueva coyuntura que ejerce presión sobre el aparato de la CUT y sus dirigentes. De este modo, en el movimiento sindical se entrecruzan tendencias políticas contradictorias que chocan entre sí de forma violenta y una lucha de aparatos que destruye definitivamente la orientación unitaria, que basándose en la independencia de clase, la CUT había podido establecer de manera transitoria. Frente a este hecho, en 1970, Clotario Blest, defensor de la autonomía del movimiento sindical frente a los partidos políticos, afirmaba: “*Los dirigentes sindicales se han transformado en simples instrumentos o ejecutores de las ordenes que emanan de los conciliábulos políticos*”<sup>37</sup>. El análisis de los documentos elaborados por la CUT muestra claramente que esta constatación es un rasgo esencial del movimiento sindical de esta época.

En febrero de 1971 se reúne la novena conferencia nacional de la CUT, constituida por delegados de todo el país. Las resoluciones de ésta sirven para preparar el Congreso que tendrá lugar ese mismo año del 8 al 12 de diciembre. En sus reflexiones sobre las tareas por desarrollar es significativo destacar que los delegados votan resoluciones que llaman a la creación de nuevos organismos unitarios en la base y en el ámbito local. Se propone así que se creen unos “organismos coordinadores” que tendrían como misión establecer los lazos entre la CUT y la población local organizada a través de comités de barrio, “centros de madres”, organizaciones juveniles, *comités pobladores* y cualquier otro organismo que pudiera “*crearse en el futuro*”<sup>38</sup>. A pesar del hecho de que no se pondrá nunca en práctica, esta preocupación de los representantes sindicales indica que existe una toma de conciencia real en cuanto a la falta de vínculos orgánicos de la CUT con la base. Esta conferencia es sobre todo la ocasión para reiterar el apoyo de la CUT a la política de nacionalización de los recursos más importantes del país llevada a cabo por la UP y el llamamiento a la movilización de la clase obrera en torno a la “batalla de la producción”, que es en ese momento la consigna lanzada principalmente por el PC y Allende<sup>39</sup>. Asimismo durante la novena conferencia se discute ampliamente la cuestión de la participación de los trabajadores en la dirección de las empresas del Área de Propiedad Social (APS-que representa a las empresas nacionalizadas). Las conclusiones de esta conferencia dan pie a la redacción de diversos documentos que constituyen la base de las “normas básicas de participación”<sup>40</sup>, redactadas conjuntamente por la CUT y el gobierno. De esta manera, la CUT inicia un proceso de integración orgánica en el aparato del Estado, principalmente en el ámbito de las instituciones de planificación nacional, tales como la CORFO, y se constituye ante todo como uno de los agentes promotores del

---

<sup>36</sup> A este respecto, el siguiente artículo del economista comunista José Cademartori es bastante explícito: “Perspectivas y tareas revolucionarias en el frente económico”, *Revista de Universidad Técnica de Estado*, Número especial, Santiago, Febrero de 1973.

<sup>37</sup> C. Blest, “Limitaciones de los sindicatos chilenos”, *Punto Final*, p. 22, N° 100, Santiago, 17 de marzo de 1970.

<sup>38</sup> Véanse las resoluciones de la comisión número dos: CUT, “las tareas actuales de la unidad y las metas orgánicas para 1971”, *Resoluciones de la novena conferencia nacional*, Documento de estudio y trabajo para las organizaciones sindicales y sus dirigentes del país, CUT ed., Santiago, junio de 1971 (Archivos DIC-Paris: S PIECE RESERVE 607).

<sup>39</sup> CUT, “la clase trabajadora y la lucha por los cambios: balance y perspectivas”, *Resoluciones de la novena conferencia nacional*, Documento de estudio y trabajo para las organizaciones sindicales y sus dirigentes del país, CUT ed., Santiago, junio de 1971 (Archivos BDIC-Paris: S PIECE RESERVE 607).

<sup>40</sup> CUT, *Normas básicas de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas de las áreas social y mixta*, Publicación del departamento de trabajadores de Chile, Santiago, noviembre 1971 (Archivos DIC, Paris: S PIECE RESERVE 607).



sistema de participación de los trabajadores, tal y como lo concibe la UP, alejándose así de su papel tradicional de reivindicación económica y salarial<sup>41</sup>. No se trata aquí de extenderse sobre el sistema de participación implantado por el gobierno, que supone una especie de co-gestión estado-asalariados<sup>42</sup>. Sin embargo es necesario señalar que aunque esta participación (que afecta a una débil minoría de asalariados) no supuso verdaderos cambios en las relaciones de producción, sin duda proporcionó elementos de movilización y emancipación obreras. Paradójicamente, esta iniciativa CUT-gobierno tiende a entrar en contradicción dentro de las empresas con las organizaciones y los dirigentes sindicales tradicionales, quienes en la mayoría de los casos ven la participación como un factor de debilitamiento de su propio control interno. No obstante, si la elección de los trabajadores de los comités de producción y su participación en la gestión de la empresa podía ser fuente de un cierto cuestionamiento de las prerrogativas del sindicato, el acuerdo CUT-gobierno da también la oportunidad a los militantes de UP de canalizar progresivamente las luchas en función del programa gubernamental. Sin embargo, también ahí las relaciones de fuerzas políticas dentro de la empresa o el grado de radicalización obrera llevan a que en varios sectores se produzca un choque real entre dirigentes tradicionales y la voluntad de las bases de ir más lejos en el proceso de democratización económica y política<sup>43</sup>.

Durante el sexto congreso nacional de la CUT, cuyo lema era “*Los trabajadores construyen el nuevo Chile*”, Luis Figueroa (dirigente del PC) intenta reafirmar lo que constituye a lo largo de todo este periodo uno de los ejes centrales de la propaganda de UP: la responsabilidad que incumbe a los trabajadores de defender el “gobierno popular”, asimilada a la noción ambigua de “Estado popular”<sup>44</sup>. Tales conceptos denotan la influencia hegemónica de la estrategia política del polo “gradualista” o reformista de la UP en la dirección de la CUT<sup>45</sup>. Para Luis Figueroa, y en nombre de toda la CUT, el programa de “la vía chilena al socialismo” constituye “*para la clase obrera y para el conjunto de los trabajadores la única alternativa real*” y añade “*nosotros, los trabajadores, como es natural, hemos elegido y apoyamos sin tapujos el programa de Unidad Popular*”<sup>46</sup>. Con estas afirmaciones L. Figueroa intenta reafirmar la hegemonía absoluta de organizaciones políticas vinculadas a la UP sobre el movimiento obrero. Ante este apoyo a la UP, podemos preguntarnos qué lugar se le deja a uno de los elementos esenciales del movimiento sindical, la democracia cristiana. Este hecho, además, es denunciado con vehemencia por los militantes demócrata-cristianos que terminan por retirarse, de forma estrepitosa, del Congreso.

Estas tensiones muestran el enfrentamiento ideológico del momento, que en términos de análisis global equivale a la oposición entre la referencia al comunitarismo, a “la empresa de los trabajadores” de la democracia cristiana<sup>47</sup> y la transición al socialismo llevada a cabo por la

---

<sup>41</sup> Comité ejecutivo CUT-Gobierno de participación, *La participación de los trabajadores*, Santiago, Quimantu, 1971.

<sup>42</sup> M. Raptis, *Quel socialisme au Chili ? Etatisme ou autogestion. Dossier de la participation des travailleurs au processus révolutionnaire du pays*, Ed. Anthropos, París, 1973 y J. G. Espinoza, A. S. Zimbalist, *Economic Democracy: workers' participation in Chilean industry 1970-1973*, studies in social discontinuity, academic press inc., London, 1978.

<sup>43</sup> F. Castillo, J. Larrain, “Poder obrero-campesino y transición al socialismo en Chile”, *Cuadernos de la Realidad Nacional*, pp. 161-198, N° 10, Santiago, diciembre de 1971.

<sup>44</sup> CUT (Luis Figueroa), “Los trabajadores construyen el Chile nuevo”: *Memoria del consejo directivo al 6° congreso nacional de la CUT*, 8-12 de diciembre de 1971, Santiago (archivos CEDETIM-Paris).

<sup>45</sup> El polo “gradualista” adopta esencialmente la posición defendida por el PC y una parte del PS en la cual podemos incluir a Salvador Allende quien, en su papel de árbitro en las luchas internas de la UP, se inclina la mayoría de las veces hacia posiciones moderadas dirigidas por el PC. Las nociones de polo “gradualista” y polo “rupturista” se utilizan para designar las dos estrategias existentes en el seno de la izquierda chilena. Poco a poco, estas nociones han sustituido en la historiografía actual a aquellas de polo “reformista” opuesto a polo “revolucionario” (Véase: L. Corvalan Marquéz, *Los partidos y el golpe del 11 de septiembre: contribución al estudio del contexto histórico*, CESOC, Santiago, 2000). Para una crítica a esta oposición, a veces formal, véase la nota 84.

<sup>46</sup> CUT (Luis Figueroa), “Los trabajadores construyen el Chile nuevo”, *Op. Cit.*, pp.8.

<sup>47</sup> A partir del final de los años 40, militantes de la *Falange Nacional* (predecesora de la DC) definían la importancia del control de las empresas por los propios trabajadores. Es el caso de J. Chonchol y de J. Silva Solar quienes escribieron un libro titulado *¿Qué es el social-cristianismo? Ensayo de interpretación* seguido de *Hacia un mundo*

izquierda chilena. Tras este enfrentamiento ideológico se halla la lucha intestina de unos partidos políticos, que intentan asentar su relación con el movimiento obrero. Se trata de una cuestión fundamental para el nuevo gobierno. En efecto, para aplicar su programa la Unidad Popular necesita el apoyo de la clase obrera organizada, con la que se ha comprometido a reconocer sus reivindicaciones históricas, en particular en términos de poder adquisitivo y de participación en el control de la economía. Este reconocimiento de los intereses de clase del proletariado por parte de Allende pasa por una política de redistribución de la riqueza, sin precedentes en la historia chilena<sup>48</sup>, que supuso, por parte del gobierno, una tentativa permanente de control y canalización de las movilizaciones obreras en la línea de la “vía institucional” al socialismo defendida por la UP. Así cualquier acción obrera que el gobierno consideraba fuera del programa de la UP (como, por ejemplo, las ocupaciones de fábricas) y que corría el riesgo de debilitar la alianza de clase con la burguesía media se denuncian como “ilegales” e “irresponsables”.

Los militantes del Frente de Trabajadores Revolucionarios (nueva tendencia sindical bajo influencia esencialmente del MIR<sup>49</sup>), por su parte, critican con fuerza este “control burocrático” de la UP sobre el movimiento obrero<sup>50</sup>. En su declaración de principios detallada en siete puntos y fechada en diciembre de 1971<sup>51</sup>, el FTR reafirma el papel dirigente de la clase obrera y la necesidad de las luchas reivindicativas de los trabajadores que deben pasar por la CUT, pero precisa que ésta deberá librarse del reformismo dominante en el seno de la UP. Plantea también la posibilidad de la lucha armada con fines revolucionarios. En este sentido, el FTR reitera los análisis del MIR sobre la necesidad de sustituir el estado burgués y su oposición a la revolución por etapas. Se sabe que a medida que se desarrolla la lucha de clases, esta posición encuentra numerosas afinidades con el ala izquierda de la UP (izquierda del PS, MAPU, IC<sup>52</sup>), llamada a veces sector “rupturista” o “revolucionario”. La fracción hegemónica de la CUT, y en particular el PC, no toleraba tales excesos a su izquierda y la dirección de este partido calificó en varias ocasiones la acción del MIR como de “provocaciones contrarrevolucionarias”<sup>53</sup>. Parece, además, que el FTR, al igual que otras corrientes minoritarias, no pudo expresarse libremente a lo largo del Sexto Congreso<sup>54</sup>.

---

*comunitario*, editado en 1951. Posteriormente estos dos autores abandonaron este esquema manifestándose claramente por el socialismo (véase el largo análisis realizado por Martha Harnecker et Faride Zeran en *Chile Hoy*, “Empresa de Trabajadores: un análisis de fondo”, N° 1 y 2, Santiago, junio de 1972).

<sup>48</sup> Oficina de informaciones y radiodifusión de la Presidencia de la Republica, *El pensamiento económico del gobierno de Allende*, Santiago, 1971. Sin embargo, este aumento del poder adquisitivo es rápidamente cuestionado debido a una fuerte inflación que obliga al Gobierno a un constante reajuste de los salarios, fuente de conflictos con los trabajadores y de un elevado déficit público.

<sup>49</sup> *Movimiento de la Izquierda Revolucionaria* dirigida durante el periodo de la UP por Miguel Enríquez.

<sup>50</sup> Los comienzos del trabajo sindical del MIR se sitúan en Santiago, esencialmente en pequeñas y medianas empresas del cordón industrial de Macul y Santa Rosa. De forma paralela, esta organización alcanza cierto nivel de penetración en la zona carbonífera de la provincia de Concepción, a pesar de la fuerte presencia comunista. Hacia mediados del año 1971, el MIR funda el Frente de Trabajadores Revolucionarios que se plantea como un punto de convergencia de los obreros más radicales dentro del movimiento sindical. Véase: FTR/MIR, *Concepción, organización, funcionamiento y desarrollo orgánico del Frente*, junio de 1972 (en V. Farias (comp.), *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, 6 tomos, pp. 2611-2621, CEP, Berlín, 2000-2001).

<sup>51</sup> FTR, “declaración de principios”, diciembre 1971 (Dossier Chili BDIC: F delta 652)

<sup>52</sup> El MAPU y la *Izquierda Cristiana* son dos movimientos nacidos en parte de la DC.

<sup>53</sup> Como recuerda Hugo Cancino, los actos de violencia en las manifestaciones por parte de militantes comunistas contra los militantes “de extrema izquierda”, especialmente trotskistas y anarquistas, forman parte de la tradición histórica de la CUT (*La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-73*, nota 22, pp. 237, Aarhus, Aarhus Universitet Press, 1988).

<sup>54</sup> La revista trotskista *Poder Obrero* señala que “los delegados del PC impidieron con sus silbidos y chivateos hablar a los compañeros socialistas de base y a los militantes del FTR y del PCR”. De forma determinante, la famosa brigada “Ramona Parra” del PC habría agredido físicamente a militantes maoístas del PCR y confiscado unos cincuenta ejemplares del periódico distribuido por los militantes trotskistas del *Frente Revolucionario* (en *Poder Obrero*, N° 7, 20 de diciembre de 1971)

Las elecciones generales de mayo de 1972 para elegir la dirección de la CUT, terminan de demostrar que la unidad de la CUT sólo es una fachada. Estas elecciones son el resultado de un acuerdo parcial entre el PC y la DC para mantener, a pesar de todo, el funcionamiento de esta última. Estas tienen lugar del 30 al 31 de mayo de 1972 con un sistema de representación proporcional en donde los militantes de base pueden votar. El propio sistema electoral refleja fielmente el deseo de los militantes de democratizar la Central, que desde hace varios años es criticada por su dirigismo y su opacidad burocrática. El potencial de electores era aproximadamente de un millón de votantes y, en la preparación de estas elecciones, la CUT da muestras de las graves dificultades por las que atraviesa su funcionamiento orgánico, al verse forzada a paralizar casi toda su actividad sindical durante cuatro meses, incapaz de solucionar los problemas propios de los sindicatos de base<sup>55</sup>.

Votaron realmente algo más de 560.000 trabajadores, lo que quiere decir que casi la mitad de los electores no se desplazó a las urnas. Si se analiza con cierta perspectiva estos resultados se pueden deducir algunas grandes líneas maestras<sup>56</sup>. En primer lugar, y es un dato importante, muchos afiliados no se sienten investidos del “deber” de ir a votar, lo que demuestra que la CUT no representa para ellos un compromiso de lucha esencial en el contexto de un Chile inmerso en una agitación socio-política, sin precedente histórico. Después están los resultados por tendencias políticas<sup>57</sup>: la UP mantiene una mayoría absoluta con más del 57% de los votos (el PS obtiene 16 miembros y el PC 18 de un total de 55). La DC es claramente la tercera fuerza política en el seno de la CUT (obteniendo el cargo de primer vicepresidente) y refuerza su implantación en el seno de ésta, obteniendo 16 delegados, es decir, los mismos que el PS. Es más, la DC gana incluso las elecciones en Santiago en donde logra el cargo de secretario general provincial. Esto significa que la equiparación hecha por Luis Figueroa entre “trabajadores” y apoyo incondicional a la UP no se evidencia en absoluto, sino muy al contrario, teniendo en cuenta que el PC pierde un porcentaje significativo de su representación. Este avance de la DC ofrece una doble lectura. Por un lado, se puede considerar como el signo de una cierta oposición de los asalariados (y sobre todo de unos empleados y personal técnico que forman parte de la CUT) a la política del gobierno. Pero al mismo tiempo, esta votación es el indicio de una cierta reacción obrera ante las propias deficiencias del gobierno, como la burocracia o la visión productivista, sin que esta sea automáticamente la prueba de un voto de oposición al proyecto de transición. Hay que recordar que la izquierda de la DC se decanta igualmente por el anticapitalismo, todo ello criticando el estatismo de la UP: parece que esta crítica haya tenido un eco real en el movimiento obrero y ello a pesar de la demagogia demócrata-cristiana. En cuanto al PS, confirma su implantación en los sectores obreros y, si se le añaden los votos a favor del MAPU, se puede señalar que las tendencias a la izquierda de la UP se encuentran en fase de ascenso entre la opinión de los trabajadores organizados. Sin embargo, lo que puede ser interpretado como un descenso de la influencia de la línea moderada de la UP en el seno de la Central, no se traduce en un voto significativo a favor de posiciones más radicales de llamamiento al control obrero. El FTR que obtiene un solo representante, no alcanza el 2%, manteniéndose así como una fuerza minoritaria. En otros términos, a pesar de una cierta implantación local y de la importancia de su polémica imagen en el ámbito nacional, el FTR no consigue desplazar la influencia de los grandes partidos sobre la clase obrera. En este sentido, es exagerado hablar de una escalada de la implantación obrera del MIR, aunque no hay que olvidar que la CUT no representa a muchas pequeñas empresas en donde el

---

<sup>55</sup> A. Samaniego, *Les stratégies syndicales de la “Central Unique des Travailleurs” et l’action socio-politique des salariés (1953-1973)*, pp. 464-465, tesis doctoral, París VIII, París, 1998.

<sup>56</sup> Consúltese: Anka, “La CUT: primeras conclusiones”, *Chile Hoy*, N° 1, Santiago, 22 de junio de 1972 y F. Zapata, “Las relaciones entre el movimiento obrero y el gobierno de S. Allende”, *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos*, N° 4, CES, México, 1974.

<sup>57</sup> Según las cifras (controvertidas) proporcionadas por el acta de escrutinio de la CUT: *Resultados oficiales sobre la elección de la CUT*, julio de 1972 (en V. Farias (comp.), *La Izquierda chilena, Op. Cit.*, pp. 2862-2868).

MIR tiene un eco político relativamente más elevado<sup>58</sup>. Es menos todavía, el caso de las tendencias maoístas o anarquistas que cosechan respectivamente 3.330 y 673 votos. Finalmente, el intento de organizar un frente sindical “rojo” y un “frente intermedio” encuentra aquí sus limitaciones: al intentar seleccionar una vanguardia revolucionaria formada en el sindicalismo, la izquierda opositora a la UP tiende finalmente a acantonarse en grupúsculos sin implantación en la masa y con poca credibilidad en términos de lucha sindical, lo que contribuye a acentuar el peso del PS sobre los sectores obreros más radicalizados. Así, la estrategia “divisionista” impide a estos sectores extraparlamentarios, y en particular al MIR, acceder a la dirección de una institución tan importante como la CUT en la orientación de la lucha de clases.

Esto no impide de ningún modo que se exprese de manera creciente una fuerte agitación en la base, que la CUT y los partidos obreros tienen muchas dificultades para encauzar en el estrecho marco del programa de la UP.

- **Conquista social, integración burocrática y desbordamiento en la base.**

La progresiva integración del aparato sindical en el gobierno de la UP encontró su punto álgido con la entrada de dos de sus principales dirigentes en el seno del gabinete cívico-militar en enero de 1973: Luis Figueroa (PC) y Rolando Calderón (PS) se sitúan así del lado de los representantes de las fuerzas armadas en un gobierno que debe desempeñar un papel de árbitro y de moderador de la lucha de clases, y más tras la gran explosión social que constituyó la huelga patronal de octubre de 1972. Al asumir sus responsabilidades gubernamentales, los dos dirigentes sindicales conservan también su cargo en la CUT, lo que representa la “anexión” creciente de la CUT a la voluntad gubernamental. Después, asumen cargos parlamentarios como elegidos en las elecciones de marzo de 1973. Esta posición tiende a suprimir todo grado de autonomía y de autodeterminación de los asalariados y, por otro lado, a acentuar las divisiones políticas dentro de la clase obrera. Finalmente, esto tiene como consecuencia un mayor alejamiento de la CUT de las luchas sociales de base: “*Es evidente que el movimiento sindical adquiere en este periodo más poder institucional, pero su poder social se debilita profundamente*”<sup>59</sup>.

Sin duda, esta subordinación es comprensible si se tiene en cuenta que la mayoría de la clase obrera organizada estaba a favor de los cambios impulsados por la Unidad Popular. Sin embargo, el análisis de las cifras de los conflictos laborales y de las huelgas que se desarrollan desde finales de los años 60 hasta 1972, demuestran claramente que los trabajadores se sirven de las nuevas condiciones socio-políticas y de la llegada del gobierno de Allende para acentuar su movilización y sus reivindicaciones<sup>60</sup>. En primer lugar, la escalada en el número de huelgas, que pasan de 977 en 1969 a 3.526 en 1972. Si bien es cierto que el año 1969 fue un año más “tranquilo” debido a las elecciones y al papel desempeñado por la CUT, el hecho de que se produjera un aumento del 48% entre 1970 y 1971 y del 30% en los años siguientes, prueba que la presencia en el gobierno de la UP no fue considerada por los asalariados como una incitación a la moderación reivindicativa sino que, por el contrario, radicalizan sus posiciones. Este aumento se debió esencialmente a la aparición en la lucha, de fracciones obreras pertenecientes a los sectores menos desarrollados, tanto desde el punto de vista económico como en términos de organización política: en ese momento de agitación social, la pequeña y mediana empresa tradicionalmente sometida al patronazgo más conservador y con poca influencia política, se lanza a la movilización y a la huelga. Esta situación es manifiesta si se tiene en cuenta el incremento del número de huelgas en comparación con el descenso de la cantidad de trabajadores implicados en cada huelga,

---

<sup>58</sup> Alain Wallon describe, por ejemplo, un crecimiento obrero “*vertiginoso*” del MIR, (en “*Perspectives actuelles du mouvement ouvrier*”, *Op. Cit.*, pp. 1991).

<sup>59</sup> A. Cuevas, “La experiencia de la CUT (1953-1973): una visión crítica”, *Op. Cit.*, pp. 33.

<sup>60</sup> Véase R. Mauro Marini, “Antecedentes para el estudio del movimiento de masas en el periodo”, *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, pp. 152-185, ERA, México, 1976.

que pasan de 355 a 108 como media<sup>61</sup>. Otro hecho esencial es que durante los primeros años de la UP se recurre con mayor frecuencia a la huelga ilegal, lo que muestra el completo desfase de la legislación laboral vigente, pero también que el proyecto de respeto a las instituciones previsto por el gobierno entra, desde el principio, en conflicto con la actividad real del movimiento social: las huelgas reconocidas como legales representan solo el 3,4% del total durante el primer semestre de 1972.

Asimismo, en los tres sectores claves de la economía (minería, industria, construcción), se produce un aumento del número total de huelgas, así como de la proporción de huelgas ilegales<sup>62</sup>. En el caso de la minería, es sabido que tras las nacionalizaciones, primero se frenaron las reivindicaciones para después, frente al deterioro de los salarios a causa de la inflación, inclinarse por una clara oposición a la UP, dejando un terreno ideal para la penetración de la democracia cristiana. El punto álgido de esta utilización de las reivindicaciones salariales contra el gobierno de Allende es la huelga de mineros en El Teniente, que se inicia en abril de 1973 y se prolonga hasta junio de ese mismo año. Este conflicto se produce por motivos aparentemente de reajustes salariales en el contexto de la campaña parlamentaria que finaliza en marzo de 1973<sup>63</sup>. Esta huelga, manipulada por los partidos de derecha, ilustra la fuerte división política del movimiento sindical y la crisis estructural que atraviesa en ese momento la CUT. Hay que añadir que estos hechos se enmarcan en una fase de aumento general de la tasa de sindicalización, favorecida por la política legislativa de la UP: el incremento de la tasa de sindicalización, que es solo del 3,4% en 1971 pasa a +18,8% durante el primer semestre de 1972<sup>64</sup>.

Esta crisis social es también palpable en la oleada de ocupaciones de fábricas que se multiplican como respuesta a las prácticas de *lock out* y sabotaje de la producción organizadas por la patronal. Estas *tomas* se manifiestan por la presión de los asalariados para entrar en el Área de Propiedad Social, hasta tal punto que las ocupaciones de fábricas llevan a que en diciembre de 1972 el sector industrial nacionalizado incluyera 202 empresas, es decir muchas más que las 91 previstas por el proyecto gubernamental de diciembre de 1971 (de las que solamente 74 debían pertenecer a la industria). De hecho, en esta época, la mayoría de las industrias (152 sobre 202) que forman parte de la APS han sido integradas gracias a la movilización de los asalariados y a su propia actividad<sup>65</sup>.

La UP posee una visión fuertemente mecanicista de la creación de la conciencia de clase y del proceso de adhesión de los asalariados a su proyecto. En este sentido, Mireya Baltra, Ministra de Trabajo comunista, se quejaba del mantenimiento de la posición “economicista” del movimiento sindical, declarando a este propósito: “*Hemos dicho que los dirigentes sindicales deben trabajar para alcanzar la autoridad moral que les permita exigir a las bases que luchen por el aumento de la producción*”<sup>66</sup>. Hoy, M. Baltra reconoce que el gobierno se encontró con un movimiento reivindicativo fuerte que no pudo controlar y que en su calidad de ministra se enfrentó en varias ocasiones a trabajadores con una actitud de franca hostilidad ante los llamamientos de moderación del PC y de Allende<sup>67</sup>. Sin embargo como señalaba el sociólogo Manuel Castells: “*Está claro que la contención voluntaria de la presión reivindicativa sólo puede venir de una conciencia política, de un apoyo activo de las masas a una estrategia general. [...] La conciencia se genera en torno a una práctica, unas tareas políticas concretas que unen los intereses inmediatos, cotidianos, de los trabajadores, a una línea política general. Semejante unión no se*

<sup>61</sup> Según R. Mauro Marini el número de huelgas pasa de 1.819 en 1970 a 2.709 en 1971 (o sea, + 48, 9%) mientras que paralelamente el número de asalariados en huelga pasa de 647 000 a 292 398 (o sea, - 54,3%) (*Op. Cit.*, pp. 166).

<sup>62</sup> Para el análisis que a continuación se presenta, véanse las observaciones de A. Wallon, “Perspectives actuelles du mouvement ouvrier”, *Op. Cit.*, pp. 1997-1998.

<sup>63</sup> S. Bitar, C. Pizarro, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente*, Ed. del Ornitórrinco, Santiago, 1986.

<sup>64</sup> M. Castells, *La lucha de clases en Chile*, pp. 215, Siglo 21 Editores, Buenos Aires, 1974.

<sup>65</sup> E. Sader, “Chili: la transition manquée”, *Critique de l'économie politique*, pp. 253, N° 16-17, París, abril-sept. 1974.

<sup>66</sup> “Los Héroes no son ministros”, *Chile Hoy*, Santiago, 21-07-1972.

<sup>67</sup> Entrevista realizada a M. Baltra, en Santiago, el 22 de febrero del 2003.

crea solo a través de medidas de redistribución: esto sería una nueva forma de populismo”<sup>68</sup>. De hecho, en el sector privado, esta unión entre los intereses de clase, la práctica cotidiana y una línea política general, que constituiría la defensa del gobierno en la “batalla de la producción”, se caracteriza por una fragilidad aún mayor que en la APS. En efecto, para esta fracción mayoritaria del proletariado, la tarea fundamental era producir más, con la esperanza muchas veces frustrada, de ganar más, pero sin casi ninguna posibilidad de control recíproco sobre la marcha de la empresa<sup>69</sup>.

Frente a la rápida y violenta ofensiva de las clases dominantes, las crecientes dificultades del gobierno Allende (atacado desde dentro y desde fuera del país) y la integración burocrática de la CUT, la base social del movimiento obrero busca nuevas formas de expresión popular: “el Octubre chileno” es en este sentido una verdadera prueba de fuego.

- **El Octubre chileno, la CUT y los Cordones Industriales.**

La gran huelga patronal de octubre de 1972 es un momento clave en la historia de los mil días de la Unidad Popular. Durante el primer periodo del nuevo gobierno, las clases dominantes intentaron utilizar inicialmente las fisuras del programa económico a corto plazo de la UP, para sacar partido en términos financieros y políticos (mercado negro, especulación, sabotaje, aumento de los precios de producción). Después de poner en práctica esta política, la ofensiva contra la UP pasa a un nivel superior: la del enfrentamiento social y del boicot económico generalizados. Este movimiento de oposición de octubre, resultado de un conflicto corporativista con los propietarios de camiones, aglutina poco a poco a los gremios patronales (SOFOFA, Confederación de la Producción y del Comercio), de profesiones independientes (abogados, médicos, ingenieros, arquitectos) y de partidos políticos de derecha, unidos todos bajo la bandera de la “Confederación Democrática”, CODE<sup>70</sup>. Esta demostración de fuerza a escala nacional que cuenta con el apoyo del imperialismo estadounidense<sup>71</sup>, se desarrolla en un contexto de multiplicación de acciones terroristas por parte de grupos de extrema derecha (como *Patria y Libertad*) y de presión en el ámbito parlamentario, de la oposición para destituir ministros e intendentes de provincia<sup>72</sup>. Con el fin de permanecer dentro de la legalidad y en consonancia con la teoría de la constitucionalidad de las fuerzas armadas, el gobierno hace un llamamiento a los militares para controlar la situación y decreta el estado de urgencia. La CUT llama igualmente a los trabajadores a la vigilancia y a participar en los trabajos voluntarios de abastecimiento, puestos en marcha en colaboración con los camioneros no huelguistas (organizados por el gobierno en el MOPARE). Sin embargo, la respuesta a la patronal surge principalmente desde la base.

Uno de los hechos más originales de esta respuesta de la clase obrera es la creación, en las principales zonas industriales del país, de organizaciones unitarias y transversales que funcionan sobre una base territorial y permiten la unión entre los diferentes sindicatos de un sector industrial preciso. Dependiendo del tamaño de las fracciones sociales que consiguen reunir, de su grado de

---

<sup>68</sup> M. Castells, *Op. Cit.*, pp. 216.

<sup>69</sup> En efecto, los “Comités de Vigilancia” propuestos por la CUT para el sector privado no fueron apoyados con convicción por la UP, porque se arriesgaban a acentuar la inclinación de los sectores patronales intermedios hacia la alta burguesía y a perturbar los repetidos intentos de alianza con la Democracia-Cristiana en el parlamento. Véase: A. Gariano, C. Hurtado, J. Reutter, “Los Comités de Vigilancia y el Área Privada”, *Chile Hoy*, N° 16, Santiago, 5 de octubre de 1972.

<sup>70</sup> El 19 y 20 de octubre, *El Mercurio* publica la lista de organizaciones corporativas que se declaran a favor de la huelga.

<sup>71</sup> Senado de los Estados Unidos (Informe Church), *Acción encubierta en Chile 1963-1973: Informe de la comisión designada para estudiar las operaciones gubernamentales concernientes a actividades de inteligencia*, Washington, 18 de diciembre de 1975 en <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/encubierta.html>

<sup>72</sup> Para una cronología detallada de la huelga de Octubre, véase: A. Samaniego, “Octubre 1972: triunfo y derrota de la unidad de los trabajadores”, Investigación DICYT-USACH, mimeo, 1996.

poder real y de la orientación que les den los militantes presentes, estas organizaciones adoptarán el nombre de “Cordones Industriales”, “Comandos Comunales” o “Comités Coordinadores”. Estas agrupaciones de carácter horizontal, en el sector industrial, responderán de forma masiva contra el boicot patronal mediante una serie de ocupaciones de fábricas, acorde con la movilización obrera en las principales empresas del Área de Propiedad Social. Los trabajadores de este sector logran así mantener parcialmente la producción haciendo funcionar las fábricas sin su propietario, la mayor parte del tiempo con la ayuda de pocos técnicos y sobre bases completamente nuevas (cuestionamiento de la división del trabajo, de la jerarquía de la fábrica, de la legitimidad para dirigir de la patronal). Organizan también formas paralelas de abastecimiento, especialmente con la ayuda de las Juntas de Aprovechamiento y de control de Precios (JAP), multiplican las brigadas de vigilancia y defensa de fábricas... Este momento crucial de la UP demuestra ante todo la capacidad de movilización popular, la profunda descentralización de la actividad política y replantea abiertamente la cuestión de las relaciones de producción. Existe por lo tanto una clara tendencia a la ruptura con los esquemas tradicionales de “hacer política”: el término “poder popular”, reivindicado por una parte de la izquierda chilena, se convierte así en una realidad transitoria. “*La democracia de ‘todo el pueblo’ amenaza las formas representativas y delegativas de hacer política. La dinámica de socialización de las luchas se difunde a lo largo de todo el territorio y vuelve multiplicado al interior de las empresas. La ‘participación popular’ comienza a transformarse en ‘poder popular’*”<sup>73</sup>. Se puede hablar del nacimiento de un poder participativo surgido desde la base o más bien de un principio de “dualización” del poder, fenómeno que constituye uno de los rasgos esenciales de todos los procesos revolucionarios contemporáneos<sup>74</sup>. Este fenómeno de poder dual no es exclusivamente específico de la experiencia chilena sino por el contrario constituye una de las características universales de toda experiencia de control obrero, larvado o extendido, de la producción (situación que se da desde el surgimiento del movimiento de ocupación de fábricas hasta diversas experiencias de consejos obreros y de autogestión)<sup>75</sup>. No obstante, la especificidad de Chile es que esta experiencia, no prevista por los partidos políticos, no se lleva a cabo contra el gobierno sino para defenderlo: a pesar de sus fuertes debilidades, el ejecutivo encabezado por S. Allende, todavía representa, a nivel subjetivo y ideológico, la encarnación de “su” gobierno y de un posible proyecto de liberación social para la mayoría de la clase obrera chilena.

Estas formas de solidaridad obrera ya existían antes del mes de octubre. El precedente más importante es la creación del Cordón Cerrillos Maipú en junio de 1972 en uno de los distritos más industrial de Santiago<sup>76</sup>. A raíz del “Octubre chileno” proliferan los Comités Coordinadores, Cordones Industriales y Comandos Comunales<sup>77</sup>: primero en Santiago (por ejemplo con el Cordón Vicuña Mackenna, O’Higgins o también los Comandos Comunales Estación Central y Renca), pero también en la región de Concepción, en el puerto de Valparaíso, en la industria electrónica de Arica o, en el extremo Sur, en la ciudad de Punta Arenas<sup>78</sup>. El objeto de este artículo no es volver

---

<sup>73</sup> L. Cruz Salas, “Estado, partidos y movimiento obrero” en VV.AA., *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet*, pp. 411-412, Ed. ChileAmerica – CESOC, Santiago, 1999.

<sup>74</sup> F. Gaudichaud, «Contrôle ouvrier et dualisation du pouvoir: le cas du Chili de l’Unité Populaire» en *Dissidences – Bulletin d’études des mouvements révolutionnaires*, pp. 3 a 8, N° 7, Nancy, diciembre 2000. Sobre el concepto de doble poder y sus diversas acepciones teóricas (marxistas) y prácticas (especialmente en Bolivia y en Chile), véase: R. Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina*, col. Mínima, Siglo 21 Editores, México, 1974.

<sup>75</sup> Véase el análisis introductorio general en E. Mandel, *Control obrero, consejos obreros y autogestión*, Ed. C. Mariategui, Santiago, 1972.

<sup>76</sup> C. Cordero, E. Sader, M. Threlfall, *Consejo comunal de trabajadores y Cordón Cerrillos-Maipu: 1972. Balance y perspectivas de un embrión de poder popular*, Documento de Trabajo N° 67, CIDU-U. Católica de Chile, Santiago, agosto 1973.

<sup>77</sup> La Revista *Chile Hoy* sitúa en un centenar los Comités Coordinadores que se crean durante el mes de octubre de 1972 (N° 26, Santiago, 8 de diciembre de 1972).

<sup>78</sup> Para una historia de los Cordones Industriales y del poder popular véase: H. Cancino, *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-73*, *Op. Cit.* y M. Silva, *Los Cordones Industriales y el*

sobre los detalles de la rica historia del “poder popular” chileno, sino intentar encararlo en sus relaciones con la Central Única de Trabajadores y la dirección política de la izquierda.

La movilización social de Octubre reveló la debilidad del gobierno y de la UP frente a tales desafíos por parte de las clases dominantes, pero también la fragilidad de acción de organizaciones tan importantes como la CUT en esta coyuntura. La central reacciona oficialmente tarde, votando en particular una resolución que llama a reforzar la unidad y a la creación de Comités Coordinadores<sup>79</sup>. Este llamamiento se emite el 21 de octubre, es decir, cuando de hecho en la base ya existe esta unidad y estos comités. Aunque es innegable que la iniciativa de los Cordones no fue “espontánea” sino más bien el fruto de una acumulación de experiencias de lucha, sí que representa fundamentalmente la crisis de los organismos históricos de mediación y de dirección del movimiento obrero, es decir, la CUT y los partidos obreros. A raíz de esto, el movimiento obrero recupera una autonomía de clase que había perdido parcialmente y, sobre todo, excede ampliamente las voluntades políticas de los partidos: los llamamientos productivistas del gobierno en el marco de la “batalla de la producción” se traducen en la multiplicación de las ocupaciones de fábricas y su funcionamiento bajo control obrero. En otros términos, si este movimiento se moviliza siempre en nombre de la defensa del gobierno, lo hace sobre bases propias que acaban con las formas tradicionales de estructuración del movimiento obrero: unificación de los trabajadores más allá de sus diferentes ramas productivas, unificación de sectores afiliados a la CUT con aquellos de la pequeña industria que no están afiliados, unificación de las reivindicaciones económicas en el seno de un proyecto político mucho más radical que el defendido por el gobierno. La presentación de un documento de reivindicaciones del pueblo (*Pliego del Pueblo*) presentado, en octubre, por Comandos Comunales y Cordones Industriales de Santiago lo confirman. Este documento reagrupa múltiples reivindicaciones (educación, salud, abastecimiento, producción...) y manifiesta la influencia ideológica de los militantes del MIR. En particular pide que “*todas las industrias produzcan para el pueblo y bajo el control del pueblo*”, el establecimiento de un control obrero en las industrias del sector privado y el traslado al Área Social de aquellas que han sido ocupadas durante la huelga. El *Pliego del Pueblo* llamaba, en conclusión, a la construcción del poder popular y de una asamblea del pueblo<sup>80</sup>.

Esta orientación de los Cordones y Comandos muestra claramente que planteaban toda una serie de problemas cruciales sobre el proceso de transición al socialismo que ya estaban siendo debatidos por la izquierda y, especialmente, la cuestión del “poder popular”<sup>81</sup>. Así el tema de las relaciones entre la CUT y los Cordones Industriales es objeto de una larga polémica entre diferentes tendencias políticas. De hecho, existen muchos vínculos orgánicos entre las dos organizaciones ya que la mayoría de los sindicatos que participan en las reuniones de los Cordones, estaban también afiliados a la CUT<sup>82</sup>.

El Partido Comunista vio inicialmente a los Cordones Industriales con hostilidad ya que se oponían abiertamente a las orientaciones conciliadoras de este partido. En efecto, a raíz de los acuerdos adoptados por la UP en las reuniones de Lo Curro y Arrayán, Allende y el PC intentan, a

---

*socialismo desde abajo*, sin editor, Santiago, 1999. Para un estudio pionero del poder popular a través de la historia del monopolio textil Yarur: P. Winn, *Weavers of revolution, the Yarur workers and chile's road to socialism*, New York, Oxford University Press, 1986.

<sup>79</sup> Revista *Chile Hoy*, Santiago, 27 de octubre de 1972.

<sup>80</sup> *Comandos Comunales y Cordones Industriales de Santiago*, Santiago, Octubre de 1972 (citada en V. Farias, *Op. Cit.*, Tomo 5, pp. 3272-3288). La referencia a la Asamblea del pueblo recuerda a la Asamblea celebrada por una parte de la izquierda en Concepción en julio de 1972 y que fue condenada por Allende por “irresponsable”. (M. Harnecker, “La asamblea popular de Concepción”, *Chile Hoy*, N° 12, Santiago, 1 de septiembre de 1972).

<sup>81</sup> Véase a este respecto el Foro organizado por la revista *Chile Hoy*: “Foro sobre el poder popular”, *Chile Hoy*, N° 60, Santiago, 9 de agosto de 1973.

<sup>82</sup> Del mismo modo, varios Cordones de provincia nacen de la propia iniciativa de dirigentes provinciales de la CUT, a menudo militantes de la izquierda del PS (véanse, por ejemplo, los intentos de crear un Cordón Industrial en Talca: “¡Los trabajadores de Talca! ¡A la pelea!”, *Tarea Urgente*, N° 10, Santiago, 27 de julio de 1973).



cualquier precio, defender la tesis según la cual la única vía posible era hacer una pausa en el proceso de reformas e implantar una especie de “NEP chilena”. Sin la mayoría en el parlamento, esta estrategia supone el mantenimiento de conversaciones con la DC, a pesar de la actitud hostil de ésta, pero sobre todo dar unas garantías de respeto de la propiedad de los medios de producción en el sector privado. Orlando Millas, dirigente del PC, es el encargado de esta misión en colaboración con los militares que integran desde entonces el gobierno: el plan Prats-Millas prevé así la restitución de 123 empresas ocupadas o requisadas en octubre y la reducción a 49 de las integradas en el Área de Propiedad Social. Este proyecto acelera las tensiones entre el gobierno y los Cordones, que manifiestan con una gran movilización su desacuerdo. Según estos últimos, el PC y los “sectores reformistas” de la UP actuaban contra el proceso revolucionario<sup>83</sup>.

Reaparece aquí la oposición entre los dos polos de la izquierda chilena que se plasma en torno a dos consignas: “consolidar para avanzar” contra “avanzar sin tranzar”<sup>84</sup>. En efecto, los militantes que tenían más influencia en el seno de los Cordones eran ante todo de la izquierda del PS, del MAPU y del MIR. En definitiva para el PC, los Cordones llevaban al movimiento sindical a la formación de organismos paralelos que debilitaban la CUT<sup>85</sup>. Tras esta argumentación, se encuentra el rechazo de los comunistas a cualquier movimiento que pudiese poner en peligro el control del gobierno y de la CUT sobre el proceso. Esta posición además fue apoyada públicamente por Salvador Allende que en el pleno de las federaciones de la CUT, celebrado el 25 de julio de 1973, declara: “*No puede haber, camaradas, paralelismo sindical [...] como no puede haber dualidad de mando en la dirección político-económica del país*”<sup>86</sup>. El PC intentó incluso, parece que sin éxito, organizar una especie de Cordón paralelo directamente vinculado a la CUT, apoyándose en la fábrica Textil Progreso del Cordón Vicuña Mackenna. Esta iniciativa fue ampliamente denunciada por la dirección del Cordón como “maniobra divisionista”<sup>87</sup>.

Paradójicamente, el MIR (sin embargo adversario político del PC) compartió puntos comunes con los comunistas sobre este tema: el PC y el MIR son ambos opositores a la coordinación de los Cordones Industriales que se crearon a lo largo del año 1973. Al igual que el PC, el MIR llama a la integración de los Cordones en la CUT, como forma de democratizar la Central. Miguel Enríquez, secretario general del MIR, declaraba: “*La CUT debe impulsar independientemente la transformación y democratización de la actual estructura sindical, organizando los Cordones Industriales como órganos territoriales de base*”<sup>88</sup>. Esta posición contribuyó seguramente a frenar la centralización de las fracciones más politizadas de la clase obrera en torno a los Cordones Industriales. El MIR la justificaba porque estos últimos no

---

<sup>83</sup> Véase por ejemplo la declaración del Cordón Vicuña Mackenna en *Tarea Urgente*, N° 1, Santiago, 16 de febrero de 1973.

<sup>84</sup> Desde una perspectiva histórica, se aprecia de forma clara que estos famosos “dos polos”, que muchos autores han intentado presentar como dos alternativas esencialmente diferentes, tenían finalmente muchos puntos en común, especialmente un cierto “inmovilismo” frente a las iniciativas del gobierno. Este acercamiento permitiría esencialmente comprender las razones por las que nunca existió, dentro de la izquierda, una alternativa coherente y racional a la “vía chilena”, propuesta por S. Allende. Además hoy, los dirigentes políticos que sin embargo representaban a cada uno de los dos polos, como Patricio Palma (miembro del Comité Central del PC y del gobierno) o Carlos Altamirano (secretario general del PS) insisten en señalar que la oposición entre estas dos tendencias fue un error político de la UP, ya que según ellos se trataba de una “falsa oposición” entre dos estrategias que habrían debido conseguir juntarse y que participaron ambas en el gobierno (entrevistas realizadas en Santiago el 28 de noviembre de 2001 y el 11 de marzo de 2002).

<sup>85</sup> Véanse las declaraciones de G. Escorza, militante del PC y dirigente sindical de Textil Progreso, que se había negado a participar en el foro sobre el “poder popular” y que fue interrogado aparte: F. Zeran, “Los comunistas y los Cordones”, *Chile Hoy*, N° 61, Santiago, 16 de agosto de 1973.

<sup>86</sup> Discurso citado en: “Allende reitero llamado al dialogo democrático...”, *Clarín*, Santiago, 26 de julio de 1973 y en: “De la intervención de Allende en el pleno de Federaciones de la CUT”, 25 de julio de 1973 (H. Cancino, *Op. Cit.*, pp. 376).

<sup>87</sup> Cordón Vicuña Mackenna, “Alerta trabajadores: a parar las maniobras divisionistas”, *El Cordonazo*, N° 3, Santiago, 12 de julio de 1973.

<sup>88</sup> M. Enríquez, “Un dialogo que desarma”, *Chile Hoy*, N° 59, Santiago, 2 de agosto de 1973.

respondían a su reivindicación del Comando Comunal, que teóricamente reagrupaba a un sector social más amplio. Sobre todo, parece que se trata de una posición confusa de esta organización, que no tenía mucha inserción en el movimiento obrero debido, en parte, a las prácticas sectarias del “sindicato rojo” del FTR. Sin embargo, la declaración de principios de la coordinadora provincial de los Cordones Industriales señala que ellos “*en ningún caso se plantean paralelos a la CUT*” y la reconocen como “*la máxima organización de los trabajadores al nivel nacional*”. La declaración añade: “*Los Cordones se plantean el problema del poder y la constitución de las organizaciones gérmenes de poder popular (Comandos Comunales de Trabajadores); por lo que requieren de la autonomía necesaria para cumplir el papel de conductor de los diferentes sectores sociales aliados del proletariado en la lucha por el socialismo*”<sup>89</sup>. En cuanto a la izquierda del PS, que conserva la mayor influencia en la dirección de los Cordones<sup>90</sup>, sus militantes defendían la tesis de la autonomía de los Cordones respecto a la CUT y a los sindicatos. Hernán Ortega, último presidente del Cordón Cerrillos y presidente de la Coordinadora que nace en 1973, declaraba a este propósito: “*En la misma medida en que la CUT se dé una nueva estructura y se planteen nuevas tareas, nuestra coordinadora ya no tendrá razón de existir. En ese momento tendríamos que dedicarnos exclusivamente al desarrollo del poder popular, pero por el momento estamos supliendo algunas deficiencias que tiene la CUT*”<sup>91</sup>. En la misma línea, la revista *La Aurora de Chile* (del Comité regional centro del PS – izquierda del PS) recordaba que: “*los Cordones no están incorporados a la legalidad burguesa*” a diferencia de la CUT, ya que esta última “*da una imagen de subordinación al gobierno que los Cordones no poseen*”. A pesar de ello, la propuesta de la izquierda del PS consistía en hacer “*participar a la CUT en su dirección*”<sup>92</sup>.

¿Qué conclusiones se pueden sacar de este debate? Ante todo, hay que recordar que tiene lugar pocas semanas antes del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, momento en que la polémica sobre el poder popular experimenta cierta evolución. Como consecuencia de los hechos de octubre de 1972, el gobierno logra retomar el control de la situación por medio de la creación de un gabinete cívico-militar. A pesar de las protestas de los Cordones, la dirección de éstos quedó en manos de militantes de la UP que se conforman con emitir dudas sobre el rumbo tomado por el gobierno, aunque sin llamar a la ruptura con éste. El 29 de junio de 1973, tiene lugar el *tancazo*, levantamiento militar dirigido por el coronel Souper que es de alguna manera un ensayo de golpe de estado abortado. En esta ocasión, la resistencia de los Cordones Industriales es, como en octubre, fundamental en la contraofensiva. Ese día, la CUT hace un llamamiento a los Cordones e incluso envía delegados a cada uno de ellos<sup>93</sup>. Es también en junio de 1973, cuando el PC reconoce oficialmente a los Cordones y llama a sus militantes a integrarse en ellos. La propuesta de los comunistas era que los Cordones formaran parte de la CUT y fueran orientados por ésta, reconociéndoles el derecho a conservar su propia estructura<sup>94</sup>.

Finalmente, si las relaciones entre CUT y Cordones Industriales son muy controvertidas, esta controversia parece a veces un tanto bizantina y formal. En diversos documentos relacionados con dicha controversia se refleja principalmente que, más allá de las diferencias políticas, los militantes no tienen una concepción clara sobre la función exacta de los Cordones: más o menos están todos de acuerdo en repetir que la CUT debería ser el órgano supremo de dirección o al menos que la Central debe participar en los Cordones, al mismo tiempo que reconocían que no era

---

<sup>89</sup> Declaración de la “Coordinadora provincial de Cordones de Santiago” en *Tarea Urgente*, N° 10, Santiago, 27 de julio de 1973.

<sup>90</sup> Esta influencia es clara si se tiene en cuenta que los presidentes de los Cordones que firman la declaración de la “Coordinadora provincial de Cordones de Santiago” son todos militantes del PS (*Tarea Urgente*, N° 10, Santiago, 27 de julio de 1973).

<sup>91</sup> “Habla Hernán Ortega”, *Chile Hoy*, N° 59, Santiago, 27 de julio de 1973.

<sup>92</sup> “A propósito de los Cordones y la CUT”, *La Aurora de Chile*, N° 33, Santiago, 26 de julio de 1973.

<sup>93</sup> Entrevista a H. Ortega in *Chile Hoy*, N° 59, Santiago, 27 de julio de 1973

<sup>94</sup> “Cordones Industriales: la participación del Partido Comunista”, *La Aurora de Chile*, N° 20, Santiago, 26 de abril de 1973.

el caso... Este dilema está totalmente sesgado, ya que en ese momento la CUT es más que nunca una instancia “supraestructural”, alejada del concepto territorial del Cordón Industrial. De hecho, el problema central que plantea el surgimiento de los Cordones y de diversos Comités Coordinadores es, fundamentalmente, el de la utilización del Estado chileno, la postura de las fuerzas armadas y la cuestión del “poder popular” como fuerza alternativa posible de la revolución chilena. Detrás de esta discusión CUT / Cordones está la disyuntiva, sin resolver, de los representantes de los Cordones entre su apoyo político al gobierno y su voluntad de autonomía y de independencia de clase, con el fin de superar el callejón sin salida en el que Allende se encontraba.

Los sectores de izquierda de la UP, especialmente el PS y el MAPU, que participaban de forma activa en el desarrollo de los Cordones Industriales, se negaban a que estos últimos se transformaran en órganos de “poder dual”. Como había repetido, a finales de diciembre de 1972, Julio Benítez, representante del ala izquierda del PS: “*No se puede pensar que trabajamos por la creación de un poder alternativo. Somos parte del gobierno*”<sup>95</sup>. Además, esa voluntad se había reflejado en octubre en una reveladora declaración común del PS y del PC llamada “ofensiva política”. En primer lugar, ésta intentaba insinuar que la CUT comunal sería uno de los principales componentes de los nuevos órganos del poder popular, llamados en esta ocasión “Comandos Comunales”, cuando se sabe que en este aspecto la CUT fue a menudo poco efectiva, aunque con algunas excepciones, principalmente en provincias. Pero sobre todo, el PS y el PC invitan a los Comandos Comunales a situarse bajo la autoridad de los Intendentes o gobernadores de provincia, con el fin de obtener “*una correcta canalización*” de estos últimos y que “*no aparecieran como poderes paralelos al gobierno*”<sup>96</sup>. De nuevo, por encima de la oposición entre dos polos, los principales partidos de la UP comparten la voluntad de canalizar el “poder popular” bajo la protección de la administración del Estado. Como ha constatado acertadamente el sociólogo boliviano René Zavaleta Mercado, los partidos no se dirigían a los Cordones abandonando el poder oficial, sino que existían al mismo tiempo dentro del poder oficial y en los Cordones<sup>97</sup>.

Esta relación dialéctica que había permitido que el proceso avanzara, así como ayudar al gobierno de Allende, explica igualmente el desarrollo extremadamente embrionario de los Cordones Industriales, que a menudo sólo son una coordinadora superestructural de dirigentes sindicales, que únicamente consiguen movilizar a los asalariados en coyunturas de crisis y de forma temporal. La mayor parte del tiempo, el movimiento obrero y sindical permanece en una relación de dependencia respecto al Estado chileno y a las iniciativas gubernamentales. Esta ausencia de una dirección autónoma y dispuesta a asumir las consecuencias del profundo cambio social que la izquierda había empezado a dirigir, hace que el movimiento obrero se encuentre sin ningún medio de defensa ideológica y político-militar, el día del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973<sup>98</sup>.

- **Conclusión y perspectivas**

Con el fin de canalizar las fuerzas del movimiento obrero en torno al proyecto de la Unidad Popular, los partidos de izquierda intentarán apoyarse en la CUT integrándola todavía más en el aparato del Estado. Este proceso sólo sirvió para acelerar las deficiencias orgánicas de la Central y

---

<sup>95</sup> J. Benítez, “La Clase obrera dirige los comandos comunales”, *Posición*, Santiago, 27 de diciembre de 1972.

<sup>96</sup> Partido Socialista y Partido Comunista, “Propósitos de ofensiva política”, Santiago, octubre de 1972, (en V. Farias, *Op. Cit.*, tomo 5, pp. 3306-3312).

<sup>97</sup> R. Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina*, pp. 258, coll. Mínima, Siglo 21 Editores, Mexico, 1974.

<sup>98</sup> La encuesta oral que hemos llevado a cabo entre una veintena de militantes de izquierda y, en particular de los Cordones Industriales, pone en evidencia la total ausencia de esa preparación, la profunda creencia de que los partidos distribuirían armas en su momento y el gran desconcierto de los obreros. Mireya Baltra que se dirige el 11 de septiembre a la fábrica Textil Progreso recuerda: “*los obreros me pedían las armas...*” (entrevista realizada en Santiago, el 22 de febrero de 1973).

sus dificultades para asumir un papel dirigente en la lucha de clases que se estaba desarrollando. El rasgo principal de este periodo es, en primer lugar, la desestructuración del conjunto de mecanismos de control social que existían hasta ese momento (incluidos los creados por los partidos obreros sobre los asalariados) y, a continuación, el agotamiento del mal llamado “Estado de compromiso”, Estado nacional-populista establecido desde los años veinte. La Unidad Popular está marcada por una crisis de hegemonía generalizada en donde cualquier consenso resulta caduco. Las clases y los actores sociales en lucha intentan imponer un proyecto alternativo global al conjunto de la sociedad. “*La tesis de la conciliación de clase*” (como la llamó el economista Héctor Vega), aunque apoyada por la UP y la CUT, parece estar en fase de agotamiento definitivo como proyecto socio-político de progreso social. El análisis de la debilidad estructural de la viabilidad política de la “tesis institucionalista” y etapista del proyecto político de transición pacífica al socialismo de Allende, permite comprender el hecho de que la UP y la CUT se vieran notablemente superadas por las luchas del movimiento obrero y popular<sup>99</sup>.

Por lo tanto, se podría plantear de forma más precisa que la UP fue un momento de combinación dialéctica de dos fenómenos contradictorios: por un lado, una integración-subordinación del movimiento obrero al Estado chileno y a los proyectos políticos de los partidos obreros tradicionales y, por otro, una participación y creatividad popular sin precedentes que hizo que se quedasen obsoletas todas las viejas formas de organizaciones y dominación social. En el ámbito de los sectores obreros y en el movimiento sindical, estas formas alternativas de sociabilidad y control democrático de la economía, llamadas “poder popular”, se plasman esencialmente en la creación de los “Cordones Industriales”.

Más allá de las importantes diferencias de interpretación<sup>100</sup>, los autores realmente interesados en estos fenómenos coinciden en la *fuerza potencial* que pudieron encarnar los Cordones Industriales como órganos de lucha de base y de transformación social. Esta potencialidad se basaba precisamente en la posibilidad que ofrecieron estos órganos, territoriales y transversales, de renovar así la tradición histórica del movimiento obrero chileno de unidad de acción y de independencia de clase. Los testimonios de los asalariados chilenos que vivieron este periodo demuestran el conflicto permanente que se vivió en las empresas entre identidad de clase y militancia política. La encuesta oral a varios de ellos nos ha permitido confirmar que una de las grandes conclusiones que estos trabajadores de base pudieron extraer de su experiencia vivida durante la UP, fue el deseo de poner por delante la solidaridad de clase, en un momento en que ésta resultó muchas veces “parasitada”, especialmente por el sectarismo político y las propias vacilaciones de la CUT y del gobierno<sup>101</sup>. A pesar de estas críticas, el testimonio de militantes de izquierda nos muestra que, en términos de representación, el gobierno de Allende seguía siendo el depositario de inmensas esperanzas. Paralelamente, los llamamientos del MIR y de la izquierda revolucionaria para “destruir el Estado burgués” por medio del desarrollo del “Poder Popular”, no lograron desplazar la hegemonía de los partidos de la UP sobre el movimiento obrero y se quedaron sin plasmación política masiva.

---

<sup>99</sup> Véase: F. Rodríguez, “Antecedentes estructurales de la crisis política en Chile”, *Critica de la Unidad Popular*, pp. 39 – 61, Ed. Fontamara, Barcelona, 1975 y H. Vega Tapia, *L'économie du populisme et le projet de passage au socialisme proposé par l'Unité Populaire*, Doctorado de Estado en economía, U. Aix-Marseille II, 1981.

<sup>100</sup> Véase, por ejemplo, las críticas efectuadas por Augusto Samaniego sobre la noción de “revolución desde abajo” defendida por Peter Winn o Miguel Silva (A. Samaniego, “Octubre el rojo: fulgor y agonía de la unidad de los trabajadores”, *Contribuciones científicas y tecnológicas*, Área Ciencias Sociales y Humanidades, N° 130, pp. 1-22, USACH, Santiago, abril 2002) o también la tesis “Allendista” de Hugo Cancino (*Op. Cit.*).

<sup>101</sup> Como señala J. Stillermann tras 40 entrevistas a asalariados de todas las tendencias políticas: “*Trabajadores de base critican aspectos de la vía política hacia el socialismo, articulando sus propias opiniones sobre la naturaleza de clase y las maneras en las cuales el proceso político de la UP frecuentemente obstaculizaba y distorsionaba lo que parecía a los trabajadores haber sido una solidaridad natural entre ellos*”, “No estábamos preparados: trabajadores chilenos recuerdan la Unidad Popular”, *Alamedas*, pp. 59-66, Santiago, abril-junio 1997.

¿Cuáles son las lecciones y las perspectivas que se pueden sacar hoy de esta experiencia? Actualmente América Latina es presa de una gran agitación social en la que el movimiento sindical y obrero tiene un papel esencial que desarrollar. Se sabe por ejemplo que la formación del Partido de los Trabajadores de Brasil se produjo durante las luchas sindicales de los obreros del sector de la metalurgia durante la dictadura (el mismo Lula es un representante de esas luchas). Así, la CUT brasileña se enfrenta hoy al desafío de apoyar las medidas progresistas que tome el gobierno pero sin perder su autonomía, si quiere seguir siendo un instrumento en manos de la clase obrera y no una simple correa de transmisión del nuevo ejecutivo, puesto que nada indica *a priori* que éste respetará sus compromisos electorales, ni que permitirá el desarrollo de una transformación antiliberal de Brasil. Por otra parte, los riesgos de burocratización del movimiento sindical quedaron patentes durante la gran revuelta social que sacudió Argentina en diciembre de 2001: las centrales sindicales, por encima de sus distintas orientaciones, representaron un claro obstáculo a la participación en la lucha de los asalariados organizados, junto con los desocupados y la clase media empobrecida. Finalmente, las posibilidades de instrumentalización de este tipo de direcciones sindicales burocratizadas, en beneficio de tendencias políticas reaccionarias, que apoyan abiertamente el derrocamiento de regímenes elegidos democráticamente con la ayuda material de Estados Unidos, ha quedado demostrada con la experiencia del golpe de estado abortado contra el gobierno de Chávez en Venezuela. Este suceso nos recuerda claramente a la huelga de El Teniente en Chile en 1973 y también las prácticas neocoloniales usadas por Estados Unidos contra una multitud de gobiernos elegidos al sufragio universal, pueblos y militantes progresistas en América Latina, a lo largo del siglo veinte (como fue el caso de Chile en los setenta).

Volvamos al caso chileno: la actual realidad del sindicalismo está claramente marcada por la dictadura que destruyó por completo el movimiento sindical, pero también por el modo en que se desarrolló la “transición democrática”. La actual CUT (ahora Central Unitaria de Trabajadores), que se formó en 1988 en Punta de Tralca, es un pálido reflejo de la que dirigió Clotario Blest. Es hija de diferentes organizaciones surgidas del *Comando Nacional de Trabajadores*, que bajo el pretexto, legítimo y necesario, de combatir a la dictadura dejaron a un lado la discusión sobre las causas y responsabilidades en el seno de la izquierda de la derrota de 1973. La CUT posee de este modo todas las debilidades de su predecesora, pero con la enorme diferencia de que hoy, las condiciones para reorientar el movimiento sindical se encuentran especialmente agravadas por la implantación del modelo neoliberal. En efecto, la flexibilización generalizada del trabajo y las nuevas condiciones económicas impuestas por la dictadura y apoyadas por el nuevo régimen democrático liberal, han llevado a una importante transformación del modelo sindical. Esto significó en particular la disminución de las tasas de sindicalización, la flexibilización de las relaciones laborales y la destrucción progresiva de sectores obreros más combativos como el textil, el metalúrgico o el cuero. Paralelamente, se asiste a la expansión del trabajo temporal y del sector informal, al aumento de empleos de servicios que no poseen tradición sindical y a la atomización general de los asalariados. Esta transformación objetiva solo ha servido para acentuar la tendencia de la CUT a servir de correa de transmisión de los sucesivos gobiernos, CUT que (ironía de la historia) preside hoy un antiguo delegado del Cordón Vicuña Mackenna. Esta situación de nueva sumisión ha sido flagrante ante la ausencia completa de reacción de la dirección de la Central, frente a la firma por parte del gobierno Lagos de un acuerdo de librecambio con los Estados Unidos que tendrá repercusiones extremadamente negativas sobre el empleo y la dependencia económica y tecnológica de Chile.

Es cierto que el sindicalismo chileno pasa hoy por una de sus etapas más difíciles, marcada por la dispersión y la falta de un hilo conductor. Sin embargo, parece que hay varios signos de reactivación y que son muchos los dirigentes de base que han iniciado una reflexión y un trabajo paciente de recuperación. Quizá sea todavía prematuro hablar del nacimiento de un nuevo sindicalismo, pero experiencias como la creación de la *Coordinadora de sindicatos del grupo*

*Lucksic* o la *Coordinadora nacional de sindicatos de la empresa privada*, son signos reveladores de una posible reestructuración<sup>102</sup>. Sin duda, tal reagrupación pasará por la reconstrucción del movimiento sindical sobre las bases de una independencia de clase, de unificación de los sindicatos hoy día dispersos, de participación y democracia interna. La cuestión de saber si esta refundación del movimiento sindical pasará por una transformación de la CUT o por su reemplazo, deberán decidirla los propios asalariados a través de la elaboración de una corriente sindical clasista, amplia y respetuosa de la democracia obrera. Lo que es seguro, es que la larga trayectoria histórica del movimiento sindical chileno debe ser difundida y debatida con la nueva generación que ingresa hoy en el movimiento social. La historia del “poder popular” y de los Cordones Industriales necesita salir de la mitología: no fueron ni “soviets a la chilena” como lo afirma todavía una parte de la izquierda extraparlamentaria, ni un peligroso ejercito paralelo tal como ha intentado hacer creer la dictadura. Lo que si fueron, son gérmenes de poder dual y de una sociedad futura en construcción, que no logro desarrollarse en el contexto del Chile de principios de los sesenta. Sin embargo, esta experiencia muestra claramente el camino que podría tomar la democratización real de nuestras sociedades, siguiendo el camino del control democrático de los medios de producción y de la autogestión. La herencia de luchas sociales tan ricas no puede ser un simple tema de investigación académica: necesita también salir del olvido, la amnesia controlada y insertarse en la actual “batalla de la memoria”<sup>103</sup>. Le corresponde al Chile popular debatirla, de manera crítica y fraternal, para sacar todas las lecciones que harán posible la construcción de su futuro como pueblo, ejerciendo su derecho a la autodeterminación y a un desarrollo humano verdadero. Le corresponde también al conjunto de los trabajadores de América Latina y del mundo, que hoy día se ven sometidos a un yugo, sin precedente en la historia de la humanidad, el del capitalismo neoliberal global.

---

<sup>102</sup> Esta coordinación incluye a la Coordinadora Luksic, la Federación Nacional de Trabajadores de los Medios de Comunicación (Fenatramco) y varios sindicatos como Chilectra u Otis (M. Silva “¿Esta naciendo un nuevo sindicalismo?”, *Revista Surda*, N° 35, Santiago, diciembre de 2002).

<sup>103</sup> M. A. Illanes, *La Batalla de la memoria*, Planeta/Ariel, Santiago, 2002.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.